

LEGADOS

Por Fernando Butazzoni

Alegría es lo que siento. Alegría de poder escribir estas líneas para recordar a un hombre que nos dejó una herencia de la que hoy todos los uruguayos somos depositarios. Fue un héroe como deben ser los de este tiempo: sin bronce ni pompa ni riquezas materiales. Un héroe sin tumba posible, sin más traza que su memoria. Un hombre que ahora, ya muerto, aparece ante el futuro despojado y entero. Más grande cada día.

Hay legados que recién pueden comprenderse en toda su magnitud cuando el tiempo hace su obra. Eso pasa en las artes y las letras, en la música, la pintura, la poesía, en el arte supremo de la abstracción matemática, en la filosofía y en la política. Suele ocurrir que la distancia, los años o las décadas, terminen por colocar en su sitio a aquellas figuras que, entre sus contemporáneos, tuvieron detractores y enconos, además de apoyos. Las unanimidades, decía Bertrand Russell, llegan con los siglos.

Seregni, al igual que Artigas, es uno de esos casos paradigmáticos en que el fragor de la época exige para sí herencias diversas, o reclamos y cuestionamientos, sin permitirnos asumir la heredad única e indivisa de un ser humano extraordinario.

Muy a cuento vienen estos apuntes en estos días, cuando muchos militares hablan del honor, la camaradería, la obediencia a los mandos y la (falta de) memoria. Y cuando algunos civiles vuelven a agitar los fantasmas de la inestabilidad institucional, el descontento en el Ejército, en fin, el viejo truco del “ruido de sables”.

Pienso que, justamente, una de las líneas centrales del pensamiento que nos dejó Seregni como legado, en tanto hombre formado y acostumbrado durante toda su vida al ejercicio del poder, es la sujeción irrestricta del poder militar a la Constitución y a los mandos políticos electos de manera democrática. En reiteradas ocasiones, durante su larga carrera, pretendieron tentarlo con las mieles del poder y, más de una vez, con la hiel del poder absoluto. En dos ocasiones, siendo general en actividad, desde distintas tiendas le propusieron, de forma más o menos velada, encabezar un golpe de Estado. La respuesta de Seregni fue tan fulminante como reservada, pues la sola

difusión del ofrecimiento hubiera sido escandalosa y, quizás, desestabilizadora.

El apego a la Constitución que proclamó desde el generalato primero, y desde su tribuna política después, le generó adversidades y enconos, y le provocó dolores y penurias físicas de las que él nunca quiso hablar. Apenas si charlamos una vez de las torturas a las que fue sometido. Fue un sábado de tarde, en presencia de Lili, en el escritorio de su apartamento en 18 de Julio. Y fue en un ámbito de recogimiento y de intimidad que, obviamente, me obligarán para siempre a guardar silencio sobre el punto. Si lo menciono ahora es porque ilustra también acerca de la hondura espiritual de quien no guardaba rencores debajo de sus cicatrices. Y las tenía, vaya si las tenía.

Una de las posibles claves para entender este profundo sentido civilista en el pensamiento de Seregni —quien fuera nada menos que uno de los hombres de armas más poderosos y respetados del Uruguay de los '60— está en su estrecha relación con los acontecimientos de la vida nacional y mundial que le tocó vivir, conocer y, en ocasiones, protagonizar. Para él tenía tanto valor simbólico y político plantar un árbol en los jardines de Tonantzintla como pronunciar un discurso el 25 de agosto en la Piedra Alta, y le resultaba tan apasionante planificar un ejercicio bélico de las tropas a su mando como oír junto a Lili la música de Albinoni. Claro que eso nos habla de su sensibilidad humana, pero también nos remite a su coraje, pues sólo quien tiene un valor a toda prueba es capaz de aquilatar en toda su dimensión la enormidad de las pequeñas cosas y enfrentar con ese tesoro los grandes desafíos.

La valentía de Seregni fue ejercida siempre con una inmensa elegancia, al punto que él rechazaba cualquier intento de hurgar en asuntos que mostraban esa faceta de su personalidad. Tenía coartadas para ello. Una vez, tratando de reconstruir el episodio de su duelo a pistola con el general Juan P. Ribas, en 1971, se puso de lo más formal y me dijo, con recato: “*el código de honor me impide hablar de alguien con quien me he batido*”. Y el tema quedó zanjado. En otra ocasión, charlando acerca de uno de los intentos de asesinato que sufrió, y que involucraba a varios pistoleros profesionales argentinos contratados para matarlo, apenas susurró: “*El asunto no pasó a mayores*”. Sin embargo, ese coraje fue un elemento imprescindible para la construcción de algunos de sus gestos más memorables, como su renuncia al mando de la Región Militar N° 1, o su célebre intercambio de palabras con el oficial que lo recibiera como prisionero en el Comando de la Región, en Minas, en 1974.

Ese coraje, me lo confesó una vez, tenía siempre el rostro de sus mujeres amadas: Lili, sus dos hijas, sus dos nietas. Las tenía presentes en todo momento, y junto a él estaban ellas cada vez que las cosas se ponían feas. Ese hombre de altos ideales, de pensamiento complejo y de mirada profunda, capaz de ver hacia el futuro más lejos que ninguno de sus contemporáneos, también fue creciendo a medida que el árbol de su vida

íntima se volvía más frondoso, y sus últimos años los vivió, en los remansos cotidianos de una actividad que siempre fue vertiginosa, rodeado de esa familia formidable.

Hombre libre que estuvo preso durante diez años, militar que fue acusado de traidor por los traidores, figura de estatura internacional y a la vez afable vecino, apasionado conocedor de la historia y sus sorpresas, gran pintor, lector voraz, incansable militante. De él se han escrito libros, se han recogido sus discursos, se comienza a estudiar con seriedad su pensamiento. Muchas cosas se dicen, mucha alabanza cuando la muerte llega. Pero en este caso, las palabras tienen la contundencia de un legado incontrovertible y palpable: el actual gobierno es, también, fruto de sus desvelos y de su inteligencia política.

Resultaría impensable la victoria electoral de la izquierda sin los treinta y tres años de historia que la precedieron. Es cierto que muy atrás debemos remontarnos para ser justos y reconocer el enorme aporte de quienes, durante todo el siglo veinte, bregaron para construir en el Uruguay una opción nacional que fuera respuesta a los anhelos de los más desposeídos. Pero no es menos cierto que esas semillas, sembradas con desinterés y pasión durante décadas, encontraron tierra fértil a partir de la construcción de la herramienta política adecuada. Y Seregni, durante veinticinco años, supo conservar y hacer crecer esas semillas. Y supo convertir la siembra en fruto.

Para cualquier observador poco avisado resultaría incomprensible la trayectoria política del Frente Amplio: una organización nacida en un país polarizado, ilegalizada poco después de su fundación, con casi todos sus dirigentes muertos o presos o exiliados o desaparecidos, que resurgió como de entre las cenizas y conquistó, en pocos años, un papel de predominancia en la vida del Uruguay, al punto de obtener el gobierno con mayorías que, en todo sentido, hablan por sí solas. Pues bien, detrás de esa trayectoria está la figura de Seregni, su firmeza, su sagacidad, su empeño y su compromiso.

Todos esos elementos forman parte de los legados que nos dejara. Tal vez sea muy pronto para pretender unanimidades, pero no tengo dudas que el tiempo hará su obra, limará las asperezas, hará desaparecer las pequeñeces del corazón de los uruguayos, y permitirá que en el futuro esa herencia llamada Seregni sea valorada en toda su complejidad y riqueza. Es alegría lo que siento hoy, pues nosotros como pueblo supimos, una vez más, construir un héroe a la medida de nuestros sueños. Él servirá para que nos reconozcan en el futuro. Ojalá que, a través de Seregni, los uruguayos del siglo veintidós digan: “así eran los que nos precedieron”.